



REVISTA DE LIBROS

Comentario bibliográfico

Altamirano, Carlos: *Peronismo y cultura de izquierda*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2011.

Hernán Eduardo Confino

UBA

hernan_confino@hotmail.com

A partir de su irrupción como movimiento político, pero con consecuencias que trascendieron ampliamente a dicho campo, el peronismo se ha transformado, a través de ríos y mares de tinta, en la clave secreta para comprender la esencia más profunda de la política argentina contemporánea. Mucho se ha escrito ya sobre peronismo; desde diversos enfoques se han estudiado sus políticas económicas y culturales, como también la relación con el movimiento obrero y con el clero, con las Fuerzas Armadas, con el cine, con la educación, con el deporte, entre otros. Sin embargo, quizás el mayor desafío haya sido definirlo.

En su libro “Peronismo y cultura de izquierda” Carlos Altamirano se propone, en este sentido, aportar al “combate por la significación del hecho peronista” (p. 14). Para ello, agrupa una serie de ensayos —escritos en diversos momentos y para distintas publicaciones— en torno a un mismo eje: la relación que une al peronismo —y sus representaciones— con la cultura de izquierda, definida por el autor como “subconjunto de significaciones que le confirieron identidad como sector de la vida política e ideológica argentina” (p. 14). Así, con las herramientas de la historia cultural, intelectual y política, logra incluir la pregunta por el *factum* peronista dentro de

las narrativas que organizan el pensamiento intelectual de la izquierda política en la Argentina y explorar sus querellas en la interpretación de la realidad nacional.

Aunque no fueron pensados como un libro, en los diez ensayos que componen “Peronismo y cultura de izquierda” se puede observar “la convergencia, la insistencia obsesiva en algunos temas [...] y el entrelazamiento de historia política e historia intelectual” (p. 13), que, con claras implicancias hasta nuestros días, organizan los campos semánticos peronista e izquierdista. La reconstrucción, por momentos fragmentaria, pretende abordar la relación —mutuamente condicionada— entre la identidad peronista y la de la izquierda, cristalizada en las representaciones de sus más prominentes intelectuales. A lo largo de sus capítulos, Altamirano precisa su búsqueda y se interroga por la relación entre los intelectuales y la sociedad que les da vida, haciendo hincapié en las diferentes formas de aprehender el mundo —el fenómeno peronista— entre su intelectualidad contemporánea (revista *Sur*), y aquella que surge en sus postrimerías (revista *Contorno*).

Parcialmente oscurecidos durante la década menemista, los intercambios entre la cultura de izquierda y el peronismo han vuelto a proliferar en los últimos años —y el autor lo consigna en el prólogo dedicado a la reedición ampliada de 2011—, insertándose en la multiplicidad de narrativas que componen el hecho peronista. No parece casual, entonces, la reedición del libro: hijo de la crisis del 2001, fecha de su primera edición, lo que parecía un rescate melancólico alcanzó, con el *ciclo kirchnerista* abierto en el 2003, una resonancia muy densa en el presente. Un recorrido por los apartados del libro permitirá conocer las distintas representaciones que albergó —y aún lo hace— el hecho peronista para la intelectualidad de nuestro país.

En el primer ensayo, “Una, dos, tres izquierdas ante el hecho peronista (1946-1955)” Altamirano intenta restituir la importancia del hecho peronista en la definición política e ideológica de la izquierda en la segunda mitad del siglo XX. Mediante un análisis de periódicos partidarios y escritos de los cuadros intelectuales más importantes de ambas fuerzas, aborda las reacciones que suscitó en los partidos de izquierda tradicionales (Partido Comunista y Partido Socialista) la irrupción del peronismo en la escena política nacional, y esboza la aparición de un pensamiento de izquierda no canonizado en los dogmas de la izquierda tradicional.

En el segundo ensayo, “Las dos Argentinas”, Altamirano rastrea un debate que se propagó durante la década peronista —aunque sitúa su génesis diez años antes— y que organizó la representación dicotómica del país. De un lado, ubica al grupo de los detractores intelectuales del peronismo que, en su definición de nacionalidad “invocaba como puntos de referencia la Revolución de Mayo y la Generación del 37, el legado liberal y la idea de progreso” (p. 41), y los sitúa tanto a la derecha como a la izquierda del arco político nacional. Del otro lado, el autor destaca a quienes intentaron introducir al peronismo dentro del relato nacional; la referencia al pasado rosista, al hispanismo y a la causa nacional configura la clave para entender el tipo de recuperación del pasado que realizaron. Sin embargo, distancia a Perón de sus ideólogos. Según Altamirano, el líder mantuvo una relación instrumental con el pasado, pero bastante similar a la que llevaron adelante los intelectuales, que solo recuperaron el pasado en tanto les permitió echar luz sobre su actualidad. “El pasado era, antes que nada, una alegoría del presente” (p. 6).

Si “Las dos Argentinas”, entonces, rastrea la pugna por la apropiación del pasado, en “Duelos intelectuales”, se subraya “la lucha por definir la visión y la división legítima de la sociedad argentina” (p. 59). A partir de la disputa entre Ernesto Sábato y Jorge Luis Borges en las revistas de opinión de la época, el autor demuestra que el hecho peronista había provocado escisiones incluso dentro de la revista *Sur*, históricamente opositora al peronismo y contenedora de la intelectualidad distinguida argentina. Aún después del triunfo de la Revolución Libertadora, “la lucha por la definición de la actitud intelectual legítima respecto del peronismo y la Revolución Libertadora [...] se entrelazó en esos combates retóricos con la lucha por la autoridad en el campo de los intelectuales” (p. 50).

El cuarto ensayo, homónimo del libro, es, quizás, el de mayor importancia. En él, Altamirano recolecta las visiones que el *factum* peronista organizó en la cultura política e intelectual de la izquierda argentina, y las entrecruza con el surgimiento de una nueva izquierda, dedicada a revisar los dogmas de la izquierda clásica. Así, le asigna a la interpretación del peronismo una cabal importancia en la redefinición de muchos de sus postulados pretéritos. El revisionismo, por su parte, se afianzó en tanto fue resignificando al peronismo en el ámbito intelectual y cultural, principal campo de gravitación de la izquierda tradicional. Este revisionismo, persiste Altamirano, marcó el ingreso de una nueva generación al campo intelectual. Con la revista *Contorno* como

“órgano representativo de la sensibilidad generacional que haría su ingreso tras la caída de Perón” (p. 70), los jóvenes que se plegaron a la vida pública argentina, renegaron del legado de los mayores de *Sur*, y admitieron su condición de *hijos del peronismo*. Así, revisaron los postulados de las izquierdas tradicionales con respecto al *factum* peronista, y lo hicieron desde el edificio teórico del marxismo, pero contemplando el problema de la dependencia nacional. En esta revisión no solo desplazaron la significación del peronismo, sino que dialécticamente se desplazaron con ella. En palabras del autor: “a partir de 1955 el peronismo comenzaría a operar como un reordenador de las significaciones de la cultura de izquierda, y una parte de ella se orientará a la búsqueda del encuentro de socialismo y nación” (p. 97).

El quinto apartado de la obra, “La pequeña burguesía, una clase en el purgatorio,” aborda las resignificaciones del peronismo —siempre desde la izquierda— que tuvieron como predicado a la pequeña burguesía o a la clase media. En su búsqueda, el autor se extiende por primera vez a la narrativa de ficción en su análisis, considerada junto con las mismas fuentes intelectuales ya citadas y los aportes de la sociología universitaria. De esta manera, reconstruye “una literatura sociopsicológica [que] funcionó como una literatura de mortificación y expiación” (p. 107); después del 55, la revisión alcanzaría la (auto) reprensión moral de la clase media, que había abandonado al proletariado a su suerte, y que se había configurado como sujeto y objeto de esta literatura que no dejaría de recordarle “la declaración de una culpa y el sentimiento de deuda con el pueblo” (p. 117).

En “El peronismo verdadero”, sexto apartado del libro, y uno de los más ensayísticos, Altamirano explora la duplicidad del peronismo datada en la proscripción del movimiento, luego del golpe de Estado de 1955. Habría, entonces, dos peronismos. Uno, fáctico, y el otro, verdadero pero no ideal, privado de poder, aunque depositario de la esencia peronista. El presente, sostiene Altamirano, “no es nunca el tiempo del peronismo verdadero” (p. 132), que se localiza, en cambio, en “el tiempo de la expectativa —el del retorno o el rescate— y el del pasado” (p. 133). El único que puede ser depositario de la duplicidad es el propio Perón, quien puede sostener la verdad y la facticidad al mismo tiempo, “negociar sin integrarse” (p. 134). De esta manera, Altamirano construye la idea de un peronismo irrefutable, con un movimiento político que excede por mucho la manifestación concreta de sus estructuras de poder, ya sean el partido o los sindicatos.

En “Memoria del 69”, séptimo apartado, Altamirano explora —con el *Cordobazo* como excusa— la potencialidad de las evocaciones míticas, la memoria ideológica. En esta conferencia en honor a José Aricó, aborda la complejidad de la representación histórica del pasado, y la dificultad de analizar un proceso contemporáneo a su juventud desde la praxis histórica moderna. ¿Cómo separar los acontecimientos de las marcas que generan? En primera persona, y con claras marcas autobiográficas, el autor explicita que “En realidad, sólo podría referirme al *Cordobazo* de memoria, mejor dicho, sólo podría referirme a la memoria del *Cordobazo*, a lo que active en el recuerdo ese foco de irradiación energética que fue por varios años, como acontecimiento y como mito, el *Cordobazo*” (p. 140). Altamirano rastrea, finalmente, las impresiones que la Córdoba rebelde dejó en su persona: izquierda maximalista, lenguaje clasista e insurrección constituyen los tres pilares de su evocación.

Muy distinto es el tratamiento semántico que recibe el concepto de *mito* en Montoneros, el apartado subsiguiente. Si a propósito del *Cordobazo* aparecía como un “relato sostenido en un encadenamiento de imágenes, capaz de agrupar y activar fuerzas sociales, tocando, según los casos, los resortes del temor o, como en este, los resortes de la esperanza y el entusiasmo” (p. 144), en el caso de Montoneros, en cambio, el mito se presenta como una reproducción irreflexiva de significantes. En su exploración de la experiencia más radicalizada que tuvo el peronismo, la del partido armado, y a partir del estreno del film *Cazadores de utopías* —dirigido por D. Blaustein y guionado por E. Jauretche—, Altamirano cuestiona la posibilidad de interpretar el fenómeno armado con significaciones internas a ese mismo fenómeno. “Una película de duelo” (p. 147), más que de reflexión. Dicho esto, Altamirano se propone analizar los orígenes de una mezcla por demás explosiva: la de militantismo católico y marxismo, cuya fusión daría como resultado el “peronismo revolucionario”. Con los aportes de la historiografía clásica sobre Montoneros —R. Gillespie¹ y haciéndose eco de la división provocada por el hecho peronista, el autor propone la gran originalidad montonera: “los Montoneros partirían de la enemistad política por excelencia, la que había dividido al país desde la segunda mitad de la década de 1940 [...] Ser “Soldados de Perón” significaría[...] obrar dentro de esa división y desarrollar sus latencias antagónicas como

1 Gillespie, Richard: *Soldados de Perón. Los Montoneros*, Buenos Aires, Grijalbo, 1987.

hostilidad absoluta” (p. 155). De esta manera, prosigue el autor, todas las demás dicotomías serían subsidiarias de ésta.

El otro gran nudo argumentativo en torno al cual gira el capítulo, reposa en el cuestionamiento sobre la identidad política de quienes llevaron adelante la lucha armada. ¿Por qué católicos y marxistas se volvieron peronistas? Para el autor se trata, en definitiva, de asumir la identidad política del pueblo “para superar el hiato que separaba a los revolucionarios de las masas” (p. 161). Esta identidad política los llevaría a problematizar su relación con Perón. Si el caudillo era el único líder del movimiento, ¿qué lugar le correspondía a la vanguardia armada?

El anteúltimo ensayo que compone el libro, “Trayecto de un gramsciano argentino”, tiene como predicado el recorrido intelectual de Juan Carlos Portantiero. A través de él, Altamirano indaga en el mundo de la *intelligentsia* de izquierda en la segunda mitad del siglo XX. Lo rescata como un pensador de la *nueva izquierda*, esa izquierda popular y antiliberal, imbuida de la experiencia peronista y opuesta a la tradición liberal-democrática, profundamente antiperonista. Combinando el paradigma marxista con la metodología sociológica y la teoría de la dependencia —que delimita el problema del desarrollo nacional— realiza un aporte original, y configura una muestra para Altamirano de la nueva generación de intelectuales, hijos de su tiempo y opuestos al dogmatismo de la izquierda tradicional, incapaz de comprender la realidad nacional posperonista.

El último apartado, “¿Qué hacer con las masas?”, desarrolla la querrela intelectual —que también sobrevuela muchos de los apartados previos— entre la generación intelectual nucleada en torno de la revista *Sur* y la que surge a principios del cincuenta alrededor de su par *Contorno*. En plena Revolución Libertadora se abría una etapa de cambios y se entremezclaban dos disputas distintas, pero entrelazadas: “la disputa por la supremacía entre fracciones de las elites políticas y la disputa por la dirección del campo intelectual entre miembros de las elites culturales” (p. 218).

Altamirano, a partir de un texto del nacionalista Mario Amadeo Ayer, *hoy, mañana*,² se enfoca en las postimetrías del peronismo para confirmar la tajante división que había provocado en el arco de la izquierda intelectual argentina. Por un lado, la izquierda liberal y tradicional, que nada

2 Amadeo, Mario: *Ayer, hoy, mañana*, Buenos Aires, Gure, 1956.

positivo veía en el peronismo y que, incluso, lo asemejaba al fascismo y lo condenaba moralmente. Por el otro, la cada vez más consistente izquierda antiliberal que, más allá de su adscripción política, consideraba la década peronista como provechosa en la inserción de la clase obrera en la escena política, y desestimaba los dogmatismos europeizantes de los detractores del peronismo, una elite distinguida —nucleada en la revista *Sur*— y alejada del foro, recluida en la torre de marfil.

El peronismo había dividido las aguas, tanto en la arena política como en la arena intelectual. Independientemente de las fracturas al interior de sus detractores, Altamirano explora la apropiación intelectual que realizó cada generación de su legado. Parecía cada vez más difícil continuar aislado luego de la caída de Perón. La izquierda nacional, surgida de dicha experiencia, sería la encargada de demostrarlo.